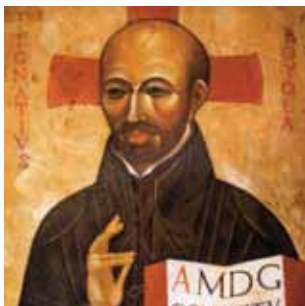


Índice



- 1 Presentación
- 2 ¿Nos han cambiado la Compañía de Jesús?
- 4 P. Raúl de Baeremaecker, S.J.
- 5 San Francisco de Borja
- 6 Entrevista con Gonzalo Arroyo, S.J.
- 8 Noticias nacionales
- 9 Ejercicios Espirituales, un camino de libertad
- 10 La Compañía en Chile, camino a la Independencia
- 13 Noticias internacionales
- 14 Entrevista con Miguel Collado
- 16 Teologados interprovinciales
- 18 En torno a la música jesuita
- 20 Libros
- 21 Sitios web

Revista Jesuitas Chile N° 11, septiembre 2010

Director: Antonio Delfau, S.J.

Editor: Andrés Mardones

Diseño: Nelson Torres S. y Florencia Labbé

Consejo Directivo: José Arteaga, S.J.; Pedro Labrín, S.J.;
Gabriel Roblero, S.J.; Cristián Gómez, S.J.; Hernán Rojas, S.J.

Portada: Jesuitas en Chile

Impresión: GráficoAndes

Queridos amigos y amigas,

Recibirán esta revista en el mes en que celebramos el bicentenario de la Independencia de Chile. Ha sido un tiempo propicio para mirar nuestro país con la mirada de Dios y agradecer por lo mucho que se nos ha regalado como nación y reconocer lo que verdaderamente constituye el alma de Chile. Ha sido una oportunidad para mirar con la mirada de Dios la realidad de nuestro pueblo. Mirar los rostros de las personas descubriendo los desafíos que enfrentamos hoy. Mirar a las personas nos hace entrar en su realidad, en sus preocupaciones y sufrimientos, en sus anhelos y esperanzas.

En agosto celebramos la fiesta de San Alberto Hurtado. Lo reconocíamos como una visita de Dios para nuestro país. En el contexto del bicentenario de la Independencia, Alberto Hurtado aparece como uno de esos hombres en los que nuestra patria reconoce sus raíces, su grandeza, su vocación más auténtica. Él nos descubre un Chile posible, uno donde a los pobres se les dé lo mejor que se tiene, un país más justo, un país que se relaciona con sus vecinos mirando más allá de sus fronteras y límites.

Las celebraciones del bicentenario han estado atravesadas por un deseo de fraternidad y unidad. Son muchos los signos de esa fraternidad que se explicitaron a lo largo de los días de celebración. El tiempo confirmará la veracidad de esos signos. Unidad en la diversidad, fraternidad con equidad, una mesa donde todos tengan su lugar. Un bicentenario que va más allá de lo contingente, pero que no nos permite dejar de prestar atención a los

esfuerzos que se ponen por sacar de la mina a los treinta y tres mineros que celebran esta fiesta a setecientos metros de profundidad. La unidad y solidaridad que se expresó en el terremoto vuelve a conmovernos como país.

Por otra parte, nos ha golpeado fuertemente la situación de los comuneros mapuches que están en huelga de hambre en distintas cárceles de Chile, clamando por juicios justos y pidiendo que se les aplique una legalidad justa. Nuestros obispos pidieron "justicia y paz para el pueblo Mapuche". Las nuevas generaciones de la vida religiosa en Santiago nos invitaron a acompañarlos pidiendo que "paremos este vía crucis". No podemos celebrar el bicentenario de nuestro país sin reconocer la deuda que tenemos con los pueblos originarios y con todos aquéllos que viven en los márgenes de la exclusión.

La espiritualidad ignaciana nos pone agradecidos de cara a la realidad del país. Somos parte de la historia de nuestra nación, hemos querido contribuir en la construcción del "alma de Chile" como lo hizo Luis de Valdivia, Alberto Hurtado, Raúl de Baeremaeker y tantos otros jesuitas y laicos que hicieron propia la espiritualidad ignaciana. Celebramos agradecidos por la vida de todos esos hombres y mujeres que han contribuido al país y al mismo tiempo nos comprometemos a seguir poniendo los medios que estén a nuestro alcance para cimentar el Chile que Dios sueña, que todos soñamos, en el que hay lugar para todos.

Eugenio Valenzuela, S.J.
Provincial Compañía de Jesús





El legado de Ignacio de Loyola:

¿Nos han cambiado la Compañía de Jesús?

Artículo publicado en la revista *Jesuitas de España*, escrito por el fallecido padre Ignacio Iglesias, S.J., destacado colaborador de Pedro Arrupe, S.J.

La pregunta puede formularse con muchos tonos y modulaciones. Cabe, en primer lugar, una afirmación enmascarada: *nos la han echado a perder*. También puede enunciarse la pregunta apuntando a una crítica: *ésta no es la Compañía creativa, audaz y fuerte que conocíamos por la historia*. Finalmente se puede envolver la pregunta en una sonrisa escéptica: *se han cambiado cuatro cosas sin importancia (¡ya no se toca la campana para levantarse!) pero se ha dejado inmutable lo que debería haberse cambiado*.

Supongamos que la mayoría de los que hacen esa pregunta (*¿nos han cambiado la Compañía?*) proceden de buena fe, convencidos de que tratándose de una Compañía viva, la renovación está en el cruce entre vida y muerte: o se nace cada día o se desencadena el proceso de debilitación paulatina que lleva a la fosilización: la muerte.

San Ignacio se adelantó a dar una respuesta a la pregunta que tortura a algunos. Un día, quizá en las márgenes del río Cardoner, se preguntó: “¿Qué ha hecho Cristo por mí, y qué hago yo y qué debo hacer por Él?”. Un intercambio nacido al calor de una amistad con Cristo. Todo puede cambiar alrededor de esa relación personal: todo menos la amistad, el amor a Cristo.

Hacer por Cristo... Lo importante para solucionar este jeroglífico de tres palabras no es el verbo —*hacer*— sino la razón del hacer: *por Cristo*. Hay un número larguísimo de ejecutivos que están a la cabeza de empresas espectacularmente eficientes, empeñados en hacer (cosas y dinero). Y ahí están sus productos: aviones de una sofisticación impresionante, aventuras cósmicas, medicinas mágicas...

Ignacio no fue un ejecutivo. Ni lo fueron Javier o Fa-bro. Ni Arrupe cuando pensó en los campos para refugiados y mandó a los suyos a servir a los más pobres de los pobres: los que no tienen casa, ni patria, ni un papel que certifique su nombre y apellido. Pero este hacer puede y debe ser cambiado. Lo que no admite cambio de ninguna clase es *la razón del hacer: por Cristo*. Si el cambio, inevitable en un mundo cambiante, nos llevara a sustituir la razón de hacer en la Compañía, tendríamos que organizar un funeral para llorar la muerte de ella.

Es cierto: la falibilidad de algunos de nosotros —los jesuitas de carne y hueso— puede ganarnos la acusación de columpiarnos entre *el hacer y la razón de nuestro hacer*. El frenético *hacer* de algunos jesuitas contra el



Ignacio Iglesias, S.J.

El jesuita Ignacio Iglesias González falleció en Valladolid el 11 de septiembre de 2009. Tenía 84 años de edad y por mucho tiempo padeció un proceso canceroso.

El padre Iglesias vivió su ancianidad y larga enfermedad con pleno conocimiento y serenidad. Ejerció hasta el último día una actividad pastoral

en la medida que lo permitían sus posibilidades.

Sus compañeros de la austera residencia jesuítica vallisoletana, donde vivió sus últimos años, señalan que fue un poco el padre y el hermano de todos. Hombre de paciencia infinita, se apuntaba, a pesar de utilizar muletas para andar, a todas las obligaciones comunitarias de la residencia, incluso fregar los platos después de comer.

“Ha sido para nosotros —según uno de sus compañeros— como una réplica entrañable de Pedro Arrupe”. Al fin y al cabo, Ignacio Iglesias fue un estrecho colaborador de Arrupe en Roma en la difícil década de los setenta, cuando el carismático jesuita vasco fue Superior General de la Compañía.

Ignacio Iglesias compartió el compromiso y la convicción creyente propiciados por Pedro Arrupe a favor de la mutua implicación entre fe cristiana, justicia y compromiso con los pobres. Iglesias deja escrito: “Después de

la vida y la fe, que incluye como es obvio a mi familia, y después de la llamada del Señor a la Compañía de Jesús, los nueve años y medio vividos con el padre Arrupe han sido la gracia más importante de mi vida”. Y también: “En todos sus textos se percibe el Arrupe de la voluntad de Dios hasta las últimas consecuencias en el que se entrega a promover la renovación eclesial, apostólica y espiritual”.

Todo ello enlaza con la espiritualidad ignaciana de la que Iglesias fue un experto. El lema programático de san Ignacio de Loyola, “A mayor gloria de Dios”, se complementa con el de san Ireneo: “La gloria de Dios es la vida del hombre”.

Así se mostró el padre Iglesias durante el tiempo que dirigió *Manresa*, revista de espiritualidad de los jesuitas. Esta publicación estaba centrada al comienzo en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio pero fue abriéndose progresivamente a otras cuestiones, analizadas desde la perspectiva ignaciana. Esa espiritualidad ignaciana, asumida y practicada por Iglesias, se resume en cinco características: “Buscar y hallar la voluntad de Dios sobre mi vida; ensanchar el corazón a las dimensiones del mundo; conocer mi realidad lo más ampliamente posible; discernir, a la luz de la oración y de la razón iluminada por la fe; y encontrar a Dios en todo lo creado”.

Ignacio Iglesias fue Provincial de León, Provincial de España y presidente de la Confer (Conferencia Española de Religiosos). También dirigió durante muchos años el Secretariado Interprovincial de Ejercicios, una de las principales prácticas de la Compañía de Jesús que mantiene su vigencia.

misticismo angélico de otros. A ratos activos en demasiada y a ratos refugiados en algo que tenemos la osadía de llamar *contemplación*. Quemando algunas veces los signos del poder, y otras veces hambreándolo. Hay quienes nos ofrecen comprensión e incluso quienes nos disculpan. Quizá nos absuelvan en virtud de otros jesuitas que han conocido, fijos en esa conjunción de *hacer* y *hacer por*. Ni la contemplación es un refugio para cansados, ni la acción es una fuga de lo visto y oído en la contemplación. Ambos polos —contemplación y acción— se necesitan mutuamente. Y no hay constancia de que los jesuitas hayan renunciado a ello. Así era Ignacio, a quien algunos de sus compañeros lo definieron como *contemplativo en la acción*.

Mientras esa conjunción siga siendo la aspiración de los jesuitas, no hay miedo de que los cambios en la Compañía se conviertan en un dar *gato por liebre*. La fórmula ignaciana —*hacer por Cristo*— lleva en sí misma un impulso dinámico hacia el cambio, al mismo

tiempo que un mecanismo interno se encarga de domar los excesos. El Padre Arrupe, por ejemplo, conocía bien ese mecanismo —*el discernimiento*— que parecían ignorar los que le culpaban de “cambiar la Compañía”.

Si esos cambios en la Orden nacen en la cuna del discernimiento podemos anunciar tranquilamente: una Compañía que cambia como resultado del discernimiento es una Compañía más genuina, más madura, más responsable, más ignaciana. Hay muchos *cambios* que, paradójicamente, no cambian la Compañía. Porque ésta se debe única y exclusivamente a la voluntad de Dios. Claro que esa voluntad divina ha de ser constantemente escrutada y traducida en medio del ruido de la vida ordinaria. Y eso requiere buenos “traductores”. En ellos pensaba san Ignacio cuando nos deseaba que *su santa voluntad siempre sintamos y en todo enteramente cumplamos*.

Mientras haya jesuitas que apunten a eso, la Compañía no habrá cambiado; habrá crecido. **ih̄s**

“Un predilecto de Dios llamado a ser misionero”



Extracto de la homilía en el funeral del P. Raúl de Baeremaecker, S.J.

Una tarde del año pasado nos encontramos con Raúl caminando por el jardín de la residencia. Su cuerpo ya debilitado lo hacía depender de dos mujeres que lo sostenían y acompañaban en su caminar. Poco y mucho quedaba del audaz misionero, del hombre que experimentaba el deseo de ir a los lugares más lejanos, del que se aventuraba en aquellas misiones que otros no experimentaban como un llamado. Poco y mucho de un hombre que se sentía “un predilecto de Dios llamado a ser misionero”.

Ese hombre que en el atardecer de su vida era sostenido para poder caminar era el mismo de siempre. A la raíz de su pasión, audacia y entrega generosa estaba la experiencia de un Dios que lo sostenía. Raúl era un hombre de Dios, un hijo de la Compañía, un misionero de la talla de Francisco Javier. Uno que se reconocía predilecto de Dios por ser creado y salvado, por ser elegido “con todas mis imperfecciones”. Una predilección que según él “aparece en la actuación amorosa de mi Dios a lo largo de mi vida”.

Le gustaba decir que fue la primera vocación del Padre Hurtado. Él cuenta que “tenía cierta vocación sacerdotal, pero para ser misionero” y que durante un retiro de Semana Santa el año 1936 conversó con el P. Hurtado a quien le dijo con claridad: “pretendo ser sacerdote, me entusiasma mucho ser misionero, pero los jesuitas, aquí en Chile, son todos profesores y eso no me atrae mucho”. Cuenta que el Padre Alberto le respondió: “pero también hay misioneros en Chile”.


Ya ingresado a la Compañía, este hombre, para quien no había fronteras ni hermanos que vivieran suficientemente lejos como para no poder alcanzar, se ofreció para ser enviado a China o Japón. El jesuita apasionado y disponible cuenta que aceptaron su ofrecimiento y que recibió como respuesta “una carta muy bonita, en que el Padre General me explicó que después de pensarlo bien

y hacer oración, veía que mi trabajo como misionero tenía que ser en Chile”. Y esto se lo tomó en serio.

Fiel a su vocación primera recorrió Chiloé continental, Aysén, Chaitén, Futalefú, Palena, Melinka. Navegó en los fiordos del sur, el río Backer y en la Caleta Tortel. En cada uno de esos lugares, así como en cada uno de los rincones que visitó, conocía a las personas y sus historias, generación tras generación. La naturaleza era parte de su vida, era un investigador inquieto que sabía el nombre de las plantas, los árboles y los animales, porque todo le hablaba del amor del Dios que lo amaba con predilección.

Hoy celebramos agradecidos la vida de un caminante, inquieto por llevar al Señor a lugares remotos. La vida de un hijo de Ignacio que nos recordaba que “para evangelizar tenemos que adaptarnos más al pueblo con el que estamos trabajando, adaptarnos y hacernos, como decía san Pablo, *todo a todos para salvarnos todos*”. Un peregrino para quien la Eucaristía era central y que siempre llevaba el viático por si alguien lo pudiera requerir. Un jesuita incansable en su labor misionera que supo apoyar en sus diversas necesidades a quienes visitaba. Tras él se abrían senderos y caminos, iban naciendo las capillas, se armaba una industria de miel, los niños recibían el bautismo, las parejas celebraban el matrimonio...

En su libro *Andanzas y Misiones* dedica “esta breve e incompleta narración de mis actividades misioneras a los jesuitas jóvenes de Chile, por si el Señor quisiera despertar en ellos el deseo de evangelizar a esos hijos de Dios aislados en las islas o en las cordilleras del norte y del sur de nuestro Chile”.

Esa tarde en que nos encontramos caminando en el jardín de la residencia, a la luz de una sonrisa me decía: “parece que terminó el recorrido que el Señor determinó para mí. Mis piernas no me acompañan, no tengo fuerzas, pero el espíritu es fuerte. Ahora es el tiempo de volver a él”. 



“El mundo no tendrá orejas para oír tal estampido”

El 28 de octubre se cumplirá el V centenario del nacimiento de san Francisco de Borja, Duque de Gandía y tercer General de la Compañía de Jesús*.

Nací el 28 de octubre de 1510 en Gandía, de la que era Duque mi padre. Por gracia de Dios, tanto él como mi madre eran buenos cristianos y amigos, y favorecedores de los pobres. Hubo mucha fiesta en Gandía por mi nacimiento, pues era el primogénito de seis hermanos y mayorazgo, biznieto de Fernando el Católico, por ascendencia materna y, por la paterna, de Rodrigo de Borja, que luego fue Papa, Alejandro VI, y con una larga parentela de grandes de este mundo, de cuya grandeza, con el tiempo, experiencia y vocación de Dios, me desligué para servir al más alto Señor.

Los diez primeros años de mi vida los pasé en Gandía, con la pena de la muerte de mi madre y el sobresalto de la revuelta de las Germanías. Mi primera educación la recibí en palacio, con los buenos ejemplos de mis padres y el estudio y ejercicio del latín, cálculo, música y equitación. Pasé después tres años de paje de la Infanta Catalina, que fue luego Reina de Portugal. A los quince, en casa de mi tío Arzobispo de Zaragoza, continué mis estudios de lenguas, matemáticas, música y filosofía. A los dieciocho me llamaron para servir al Emperador Carlos en su corte de Valladolid. Y al año siguiente me casé con Doña Leonor de Castro y Meneses, Camarera mayor de la Emperatriz Isabel, siendo yo Caballero Mayor y Marqués de Llombai.

Me nombró el Emperador Virrey de Cataluña, Rosellón y Cerdeña.

En enero de 1543, al acontecer la muerte de mi padre, volví a Gandía con mis hijos para gobernarla como Duque. Establecí colegio y universidad, que dirigieron los jesuitas, y me doctoré en teología. Fortifiqué la ciudad con murallas, me ocupé del bienestar y evangelización de los moriscos y del bien de los pobres.

Llevaba una vida muy espiritual y devota, a la que me ayudaban un hermano franciscano, Fray Texeda, el jesuita P. Oviedo y los padres Araoz y Fabro, de la recién fundada Compañía de Jesús. Y, más que nadie, el P. Maestro Ignacio de Loyola, su fundador, quien me enseñó a concertar contemplación y acción, y me proponía “hallar a Dios en todas las cosas”.

La muerte de mi esposa, a quien tanto amaba, me movió a ordenar mi vida haciendo los Ejercicios Espirituales

del P. Ignacio, y en ellos decidí hacerme jesuita. “Y así, deteniéndome en esta elección, después de haberlo considerado cuatro años y habiendo hecho sobre ello muchas oraciones a Nuestro Señor (...), ha sido servido mover a estos siervos suyos de la Compañía de Jesús a que me admitiesen en su Orden, en la cual deseo servir y morir”.


El P. Maestro Ignacio consideró que “el mundo no tendría orejas para oír tal estampido”, queriendo decir con ello el desconcierto que causaría que un Grande de España se hiciese religioso, abandonando honores y riquezas mundanas, y eligiendo pobreza y humildad como verdaderos y preferidos bienes.

El 11 de mayo de 1551, en Oñate, renuncié a mis títulos a favor de mi hijo Carlos. Recibí las órdenes sagradas y ya fui sólo el “padre Francisco”, con gran contentamiento y consolación de mi ánimo. Me dediqué a la predicación. Fui nombrado Superior de los jesuitas de España. Y después, General de la Compañía, el 21 de julio de 1565, día al que llamé “día de mi cruz”.

General de la Compañía de Jesús

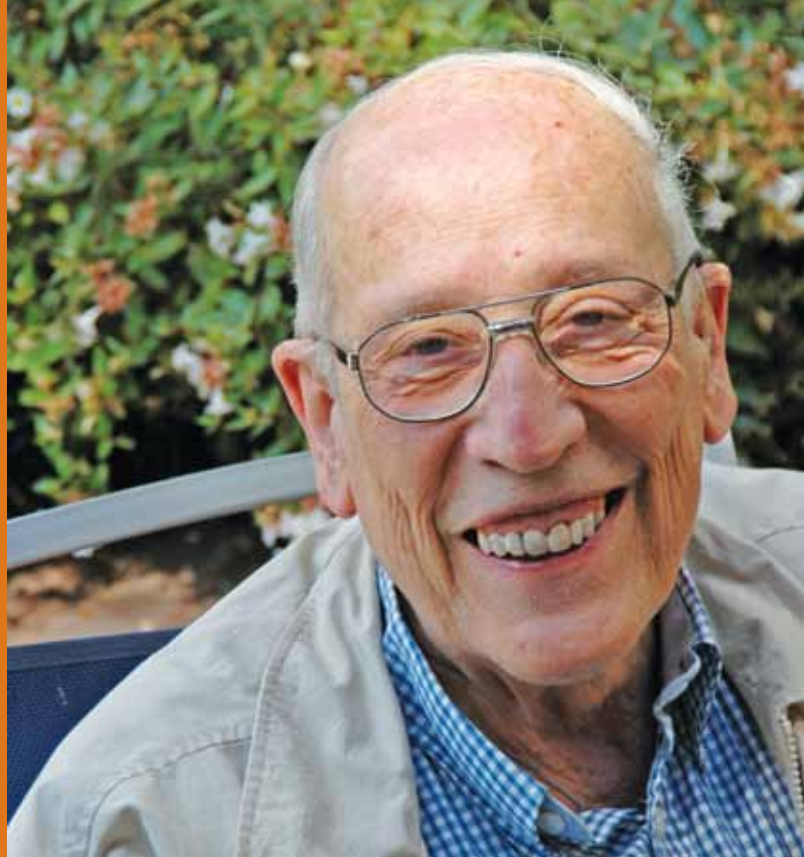
De siempre pensé en la propagación de la fe en las Indias y, como General, “el Señor me da grandes deseos de emplear una buena parte de la Compañía en esos lugares tan lejanos como abandonados, pues el fin de esta Compañía es ir a ayudar a las gentes que tienen mayor necesidad y peligro de perderse, por ser esta nuestra vocación”.

También me dio luz Nuestro Señor para que la Compañía fundase colegios para el crecimiento en virtud y letras de los muchachos.

Recorriendo toda mi vida, doy gracias a Nuestro Señor; todo en ella ha sido gracia suya, hasta las cruces que padecí, que no fueron pocas ni leves de llevar, pues me acusaron a la Inquisición, sin fundamento. “Si Dios no me hubiera encadenado con los lazos de la Compañía, yo sería una fiera. Parece que la suma del Evangelio es imitar a Cristo Crucificado con humilde paciencia”. Y el yugo del Evangelio es suave, pues Nuestro Señor se ha uncido al nuestro y comparte la carga con nosotros. 

* Extracto de la autobiografía de san Francisco de Borja, publicada en la revista *Jesuitas* de España, Nº 103.

Gonzalo Arroyo, S.J. "Siempre he querido acercarme a los más pobres"



Un jesuita que pudo ser ministro de Estado; un jesuita que ha enseñado gran parte de su vida; que vivió en el exilio; que por casi dos décadas se ha ganado el cariño de la gente de Villa Francia; un jesuita admirado y respetado por muchos.

...Luego de prepararme, me dirijo al primer piso de la Universidad Alberto Hurtado. Pregunto en la recepción por el padre Gonzalo Arroyo. Y me indican que su nueva oficina queda en el primer piso. Voy con varias preguntas preparadas. Por lo mismo, pienso que será algo relativamente simple: siempre un listado de preguntas y una grabadora bastan para realizar una entrevista. Pero no es éste el caso.

El padre Gonzalo estaba un poco cansado. No tenía muchas ganas de responder mi cuestionario en ese instante. Sus fuerzas ya no son las de antes.

Conozco al padre hace más de cinco años, desde que trabajo en revista *Mensaje*. Y eso me ayudó —junto con haber compartido por años su gusto por el cine— a que finalmente accediera. Y puedo darme cuenta de que, internamente, Gonzalo Arroyo, S.J., mantiene su vitalidad.

Está leyendo un libro para reseñar. Dice que le cuesta un poco más por lo pequeño de las letras, pero no cesa en la tarea que se impone. ¡Claro!, ha sido el "Libro de Mes" durante décadas en revista *Mensaje*, y la pasión por la lectura no la pierde. Ese simple hecho nos demuestra que estamos frente a un jesuita con una capacidad impresionante. Un jesuita que participó en la génesis de la reforma

agraria; que pudo ser ministro de Estado; que ha enseñado gran parte de su vida, a generaciones de alumnos en Chile, Francia y México; que vivió en el exilio; que por casi dos décadas se ha ganado el cariño de la gente de Villa Francia; un jesuita admirado y respetado por muchos, entre los cuales, por supuesto, me incluyo.

Trato de seguir la pauta, pero no puedo. Él ya comenzó a hablar de su vida. Y lo dejo expresarse. No interrumpo sus palabras.

Me cuenta que nació en Santiago, en el seno de una familia acomodada y conocida. Que su madre es Teresa Correa Pereira, dueña de casa. Y su padre, Pedro Arroyo Concha, un hombre muy ligado a la cultura. Son tres hermanos. Sus estudios se iniciaron en el colegio The Grange, donde comenzó a dominar el idioma inglés. No conocía a jesuita alguno en esos años; no tenía relación con la Compañía de Jesús.

Terminado el colegio estudió administración de empresas en la Universidad Católica; luego, agronomía en la misma casa de estudios. A los 24, y sin conocer a ningún jesuita aún, por un pololo de su hermana que era estudiante del San Ignacio y alumno del Padre Alberto Hurtado, se acercó a la Compañía. Su cuñado había sido in-

vitado por el P. Hurtado a hacer los Ejercicios en Semana Santa, y le extendió la invitación: “¿por qué no me acompañas?”, le dijo.

“Ahí conocí al Padre Hurtado, un hombre realmente extraordinario, tanto por lo que decía como por el modo de decirlo; por su convicción; por su manera de transmitir las cosas... Aunque parezca increíble, a los tres días decidí ser sacerdote. Mi familia no quería al principio. Pero entré al Noviciado, el cual realicé en Santiago”.

“Esto cambió mi vida. No quería ser sólo agrónomo. Me vi en la necesidad de generar un cambio, y trabajé en lo de la reforma agraria: en la universidad hice mi tesis sobre el tema, proponiendo una reforma. Fue un cambio muy importante para Chile. Se modificaron todas las estructuras, sobre todo en el campo. Y se forjó una resistencia muy fuerte en la clase más rica”.

“Al tiempo la Compañía me mandó a Argentina, a Buenos Aires. Luego a Canadá —su parte francesa—, a Montreal, a estudiar filosofía. Aparte de esa carrera, en las noches iba a la universidad a estudiar economía. Le saqué mucho provecho a ese país, le tengo mucho cariño. Luego me pidieron que realizara el doctorado en economía, para preparar todo lo que estaba haciendo respecto de la reforma agraria”.

“Saqué el doctorado en Iowa, EE.UU. De allí fui a un centro de teología en Bélgica. Y volví a Chile en el período en que Frei Montalva preparaba la reforma agraria. Me pusieron en seguida a trabajar en ella. Después fue electo Salvador Allende y me pidió ser ministro de Estado, pero el arzobispo no quiso que aceptara el cargo. Sin embargo continué colaborando en ese tema. Y vino el golpe de Estado. Tuve que salir de Chile. Fui profesor en París. Me recibieron muy bien allá porque en gran parte de Europa había mucha simpatía por Allende. Enseñé economía varios años. Luego me trasladé a México por su cercanía con Chile, porque echaba mucho de menos. Pude volver al país cuando se dio la posibilidad con el plebiscito del *Sí* y el *No* en 1988. Desde entonces trabajé en el Bellarmino, hasta que surgió el proyecto de la universidad (Alberto Hurtado). Un proyecto que costó mucho ya que había bastante oposición por parte de algunos jesuitas. Pero salió adelante”.

— *Usted vivió mucho tiempo fuera por la división que se generó en Chile, ¿cómo ve al país hoy?*

— “Mejor. Si uno mira América Latina, la mayoría de los países tienen dificultades cuando hay cambio de gobierno. Quienes están en el poder quieren continuar. No existe todavía una visión democrática que predomine. En Chile tuvimos primero una democracia. Vino posteriormente el golpe de Estado, y todos los horrores de éste. Luego el plebiscito y la vuelta de la democracia. Y

después la Concertación, que tras veinte años perdió el poder. En otras partes habría pasado algo. Pero acá hay cambios y no pasa nada. La gente ha madurado”.

— *¿Cuál cree que es el mayor problema que tenemos?*

— “La distribución del ingreso. Hay mucha desigualdad en términos económicos. Y no parece haber mejoría. También eso influye en defectos tremendos en la calidad de la educación. Hay una clase social acomodada que tiene bastantes privilegios, pero que debería prescindir de algo en favor de los que van surgiendo. Si la educación mejorara, sería distinto”.

El acercamiento con los más pobres

— *Precisamente usted ha trabajado muy de cerca con aquellos que necesitan surgir, con la gente de Villa Francia específicamente. ¿Qué significan ellos para usted?*

— “Son tremendamente cariñosos. A pesar de que no iba todos los días, siempre ha sido gente muy cariñosa conmigo. Es una parte muy importante de mi vida”.

— *¿Es esa cercanía con la gente más necesitada lo más importante en su labor como sacerdote?*

— “Siempre he querido acercarme a los más pobres. Y eso intenté los diecisiete años que trabajé en Villa Francia”.

Sus otras labores en la vida

— *¿Qué es la enseñanza para usted?*

— “Ha sido gran parte de mi vida. Me he dedicado prácticamente todo el tiempo a ello. En Chile, en Francia, en México. Es parte importante de mí”.

— *¿Y revista Mensaje?*

— “Muy relevante también. El primer número me lo dio precisamente el Padre Hurtado. ‘Mira, Gonzalo, salió esta revista’ —me dijo—, y me la entregó. Revista Mensaje difunde su palabra todavía”.

Tras la huella de Hurtado y Arrupe

— *¿Qué significa la Compañía de Jesús para usted?*

— “Es tan amplio... Pero lo grafico en alguien que nunca me ha desilusionado —apunta una foto de san Alberto Hurtado—. También el Padre Arrupe. Dos personas que me han marcado tremendamente. El Padre Hurtado me convirtió en ese retiro al que asistí. Aunque murió al año siguiente, lo seguí leyendo... tiene un sentido extraordinario. Es santo. Yo nunca había visto a un santo. Tenía una fe extraordinaria”. **ifs**



Avanzan obras de nuevo edificio del colegio de Puerto Montt

Las labores de construcción del nuevo edificio del Colegio San Javier en Puerto Montt siguen avanzando. Se está trabajando con varias grúas y se espera que el establecimiento pueda recibir a los estudiantes al inicio del año escolar 2011.

Luis Ramírez, S.J., nuevo director nacional del MEJ

Con una Eucaristía celebrada el 12 de agosto se realizó el cambio de director nacional del Movimiento Eucarístico Juvenil (MEJ). Tras casi dos años de labores, dejó el cargo el P. Andrés Lira, quien fue destinado al Colegio San Mateo de Osorno. En la ceremonia, el P. Luis Ramírez recibió el *pañolín* del Movimiento.

Padre General visita Chile

El Padre General de la Compañía de Jesús, Adolfo Nicolás, S.J., vendrá a nuestro país en noviembre. Su llegada se estima para la tarde del miércoles 10 de dicho mes. Ese mismo día tendrá una actividad con miembros de la Compañía en Santiago. El jueves 11, en tanto, se realizará una Eucaristía para la red ignaciana, además de otras actividades. Su partida está programada para el viernes 12, al mediodía. El padre Nicolás aprovechó su visita a países vecinos para aceptar la invitación del Padre Provincial, Eugenio Valenzuela, y así tener un encuentro con los jesuitas y la comunidad ignaciana de Chile.



Centro Cultural Mariano "P. José Donoso, S.J.", en Antofagasta

El Arzobispado de Antofagasta presentó el proyecto de un Centro Cultural Mariano de los bailes religiosos. Éste se ubicará en la Plaza Bicentenario y será un espacio ciudadano de más de dos mil metros cuadrados, con salones multiuso, museo y cafetería. La administración del lugar la tendrá la Federación de Bailes Religiosos. Se espera que las obras se concreten en un plazo de dos años. El Centro llevará el nombre del "P. José Donoso, S.J.", quien por muchos años fuera capellán de los bailes en la ciudad.

Proyecto FONDART para Iglesia San Ignacio

La Iglesia San Ignacio fue seleccionada por un proyecto del FONDART para la restauración de las pinturas "La visión de la Storta" y "San Francisco de Borja", que en ella se encuentran. El monto asignado es cercano a los diez millones de pesos. Actualmente se realizan reparaciones a raíz del terremoto. También se pintará todo su interior y, en el verano, el exterior.

Guillermo Baranda en el sector Colaboración con los laicos

El Padre Provincial, Eugenio Valenzuela, S.J., nombró al P. Guillermo Baranda en el sector Colaboración con los laicos junto a Felipe Arteaga. El P. Baranda, rector del Colegio San Luis de Antofagasta, reemplazará al P. Juan Ochagavía.

Sebastián Prieto, S.J., expuso sobre Biblia en su visita a Chile

Organizado por el Centro de Espiritualidad Ignaciana (CEI) y presidido por el P. Sebastián Prieto, S.J., misionero chileno en Rusia y doctorado en Biblia, se realizó el taller introductorio de Biblia: *¿Sigue Dios hablándonos hoy en día?!* el 24, 25 y 26 de agosto en el auditorium del Colegio San Ignacio Alonso Ovalle. Acudieron más de noventa personas entre laicos (as), apoderados (as), profesores (as), agentes pastorales, jesuitas y religiosos (as). El taller sirvió como una aproximación al Evangelio y para aclarar inquietudes sobre el tema.



Librería ignaciana

Uno de los objetivos del CEI este año es potenciar la venta y comercialización de libros, textos y Cuadernos de Espiritualidad. Para ello, está presente en distintos lugares de Santiago y el sur del país. Hay dos vendedoras oficiales: Anita de la Cruz (Santiago) y Damaris González (sur), quienes acuden a distintas actividades ignacianas, de Iglesia y festividades. Paralelamente, también se contacta telefónicamente a las personas para ofrecer suscripciones. Más información sobre material disponible o suscripciones en la Librería del CEI, Almirante Barroso 75 (Metro Los Héroes) o con Anita de la Cruz en ventas@ignaciano.cl, fonos: 02-6981556, 02-6994194, 02-6969087.

Ejercicios Espirituales, un camino de libertad

En los Ejercicios Espirituales está el corazón de la espiritualidad ignaciana

San Ignacio en una de sus cartas manifiesta que los Ejercicios Espirituales “son todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar, sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo como poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros” (Carta al P. Manuel Miona del 16 de noviembre de 1536). Esta apasionada descripción denota lo central de esta experiencia en la vida de un jesuita y de todo cristiano que desee vivir desde la espiritualidad ignaciana. Es la centralidad de un itinerario cuyo objetivo es sacar lo mejor de la persona, habilitando la libertad mediante el ordenamiento de las afecciones desordenadas (los diferentes apegos, conscientes e inconscientes) para “buscar y hallar la voluntad de Dios”. Esa libertad es regalada y conquistada en la relación de amor, misericordia y llamado; es configuración profunda con Cristo y elección de su querer, cuyo gran horizonte se vislumbra en las punzantes palabras de la carta a los Gálatas: “no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 2).

El camino ignaciano

El trayecto dura aproximadamente un mes. Y cada jesuita lo realiza —entero— al menos dos veces en la vida: en el noviciado y en la tercera probación (primera y última etapas de la formación jesuítica). Este mes está dividido en cuatro semanas, que más que tiempos cronológicos corresponden a etapas espirituales. En la primera semana pedimos y recibimos la gracia de experimentarnos pecadores-reconciliados-llamados. En las tres semanas siguientes, el dinamismo es netamente cristocéntrico, volcado a contemplar a Cristo —abarcando su

vida y ministerio público—, buscando así conocerlo internamente para más amarlo y seguirlo (segunda semana); contemplándolo en el sufrimiento de su pasión y muerte, deseando con ello configurarnos con su sacrificio redentor (tercera semana); y contemplando la alegría inmensa de su resurrección, donde nos asociamos al Cristo gozoso que vence a la muerte (cuarta semana). Por medio de los distintos modos de orar ignacianos, durante ese tiempo vamos “siendo puestos con el Señor” desde todo lo que somos (memoria, afectos, entendimiento, voluntad, sentidos, imaginación).

Distintas modalidades

Acogiendo las mismas indicaciones de Ignacio, los Ejercicios se ofrecen en distintas modalidades según edad, contexto, estado de vida, preparación previa, etc. Se pueden ir haciendo por etapas en retiros más cortos que pueden durar ocho o cuatro días, o bien un fin de semana. También se pueden hacer en la vida diaria, recorriendo el itinerario ignaciano durante varios meses, incorporando los acontecimientos de la vida cotidiana.

¿A quiénes aprovechan los Ejercicios?

A todos aquéllos que buscan conocerse más auténticamente y que buscan el sentido y rumbo de su vida. A todos aquéllos que buscan el amor profundo e incondicional y que desean discernir las decisiones correctas. A todos aquéllos que desean más radicalidad para su vida y que se saben y se sienten necesitados y sedientos de Dios. **ih̄s**

Como el Muro de Berlín

Marcos Cárdenas, n.S.J., hizo el mes de Ejercicios en Calera de Tango el año pasado, durante su noviciado. “La experiencia del mes de Ejercicios Espirituales en el noviciado marca un antes y un después en mi vida, es una especie de “Muro de Berlín”. Después del muro el mundo cambió; con los Ejercicios pasa lo mismo. Para mí fue un cambio significativo en la experiencia de Dios, un salto cualitativo en el profundo conocimiento de este Dios que me ama profundamente, que me seduce y que me anima en el seguimiento con el ideal de llegar a ser cristiano dentro de un grupo apostólico. Aquel mes me ha ayudado a conocerme interiormente, para discernir y tomar la decisión de arriesgarme definitivamente a gozar la vida intensamente. Hay mucho de intuición y, en este caso, de esas grandes intuiciones que no se piensan, sino que se juegan. Por eso, con la gracia de Dios, trato de entregar la vida al Señor sin límites y sin falsas prudencias; los Ejercicios son lanzarse a lo imposible, porque detrás de aquello está la gracia actuando”.



La Compañía en Chile, camino a la Independencia

Desde sus inicios, la Compañía de Jesús, en el Chile colonial, dedicó sus esfuerzos sacerdotales en dos ministerios que sintió más abandonados: el educacional y el de evangelización del pueblo aborígen.

Los jesuitas, fundados por san Ignacio de Loyola en 1540, se extendieron por toda Europa y Asia antes de llegar a América.

En este lado del mundo, primero se establecieron en Brasil en 1553, en vida de san Ignacio; después, en Florida en 1566; luego, en Perú en 1568, en tiempos de san Francisco de Borja, y posteriormente en México en 1572.

En Chile, en tanto, en 1592 el Gobernador de la Capitanía General, sobrino nieto de san Ignacio, don Martín García de Oñaz y Loyola agilizó las diligencias para traer a los jesuitas al Reino.

Desde Perú a Chile

Un primer grupo salió del Callao el 9 de febrero de 1593. Como Superior vino el P. Baltasar de Piñas, S.J., hombre de gobierno, entrado en tiempos de san Ignacio a la Compañía. Fue Provincial en Perú e introdujo a los jesuitas en Cerdeña, Charcas y Quito. Con él, vinieron el P. Luis de Valdivia y otros siete jesuitas. Desembarcaron en Coquimbo el 11 de abril de 1593, y por tierra viajaron a Santiago donde fueron hospedados por los padres dominicos.

Chile era un país pequeño en población. La capital era Santiago, con nueve mil habitantes, españoles y criollos, contando a los soldados. Hacia el norte sólo existía La Serena, muy pequeña; al sur, Chillán, Concepción de Penco, La Imperial, Valdivia y Castro, que no superaban los cinco mil habitantes. Estaban también los fuertes de Nacimiento, Villarrica y Osorno; al lado este de la cordillera, los

pequeños poblados de Mendoza y de San Juan de Cuyo. El puerto de Valparaíso tenía un centenar de personas. Al norte del Bío-Bío los indígenas eran unos ochenta mil, y al sur unos doscientos veinte mil, sin contar a los diez mil de Chiloé¹.

Los indios que vivían en las ciudades, al servicio de los conquistadores, eran numerosos; tal vez cuatro o cinco veces más en cantidad que europeos y criollos. En las encomiendas o tierras dadas a los españoles, trabajaban otro número importante. Los esclavos negros, los “morenos”, no eran muchos, quizás por el alto precio en que se importaban desde Lima.

En el Reino existían dos diócesis: la de Santiago y la de La Imperial. Y las órdenes religiosas eran la de los franciscanos, con ocho conventos; los mercedarios (seis); y los dominicos (cuatro). Había dos monasterios de religiosas: uno en Santiago, de agustinas, y otro en Osorno, con clarisas.

En el país no había establecimientos de enseñanza. Sólo el obispado de La Imperial acababa de instalar un seminario eclesiástico. Las órdenes no tenían cursos estables para los jóvenes que preparaban el sacerdocio. Con dificultad se enseñaba a leer y a escribir, y quienes deseaban saber más debían ir a Lima.

Ministerios jesuitas en Chile

Desde sus inicios, la Compañía de Jesús en el Chile colonial dedicó sus esfuerzos sacerdotales en dos ministerios que sintió como más abandonados: el educacional y el de

evangelización del pueblo aborigen. Además, fue estableciendo Casas de Formación para las vocaciones de la Orden.

En lo educacional, fundó en 1594 el Colegio San Miguel, en el solar que después fue el Congreso Nacional de Chile. Ese colegio pasó a ser la primera universidad del país, aunque la fundada por la orden dominica, años después, obtuvo antes el reconocimiento oficial de la Corona española.

Se establecieron dos colegios universitarios: en Concepción en 1625 y en Mendoza en 1750.

En educación secundaria existieron en Santiago el Colegio Máximo San Miguel, el de San Pablo y el Convictorio San Francisco Javier. En provincias, los colegios de La Serena, Mendoza, Quillota, Chillán, Buena Esperanza y Castro. No había otros establecimientos secundarios en el país.

En educación primaria, colegios en Copiapó, Valparaíso, San Felipe, San Juan de Cuyo, San Luis de la Punta, Melipilla, San Fernando, y los de las residencias de Arauco, Valdivia y Tucapel. En esas ciudades la presencia educacional jesuita fue exclusiva.

Todos los colegios jesuitas tuvieron iglesias para los ministerios sacerdotales y fueron gratuitos. Se impartía una cátedra de idioma mapuche en todos ellos. Para su financiamiento, contaban con haciendas y campos donde habían talleres artesanales; los primeros de la industria chilena.

En lo misional, la Compañía de Jesús estableció desde sus inicios misiones itinerantes a indígenas, desde el norte al Bío-Bío; las misiones en Arauco fueron catorce, y las de Chiloé llegaron hasta el estrecho de Magallanes.

En 1767, año de la expulsión de la Compañía, Chile tenía algo más de seiscientos mil habitantes, de los cuales cuarenta mil vivían en las provincias de Cuyo y veinticinco mil en Chiloé. Santiago tenía veintiséis mil habitantes, entre españoles y criollos; Concepción, siete mil; los mapuches independientes eran alrededor de trescientos mil, y los esclavos negros, cerca de cinco mil.

Expulsión de la Compañía de Jesús

La expulsión de los jesuitas de España y sus colonias la decretó el rey Carlos III en 1767. Las razones las guardó “en su real pecho”, pero algunos historiadores piensan que la importancia de la Compañía en las colonias era tal —por ser la más numerosa de todas las órdenes religiosas; por estar formada casi exclusivamente por criollos nacidos en ellas y por tener el monopolio de la educación—, que podría existir peligro de independencia en esas colonias.

En Chile, los jesuitas en 1767 eran trescientos ochenta, casi todos chilenos. Había algunos españoles, otros alemanes y cinco italianos. Fueron llevados al puerto de Valparaíso y embarcados al Callao. Desde allí, en veleros, vía estrecho de Magallanes, en un viaje de tres meses llegaron a Cádiz, España. Todos fueron deportados a los Estados del Papa. Los chilenos quedaron ubicados en la ciudad de Ímola. La extinción pontificia de la Compañía de Jesús fue decretada por el papa Clemente XIV en 1773.

El célebre historiador de Chile, don Francisco Encina, dice que la expulsión de la Compañía en el país fue el “acontecimiento más trascendental en la historia de Chile en el curso del siglo XVIII”.

Los jesuitas expulsos

Los ex jesuitas chilenos quedaron en Ímola y algunos en Bolonia. Varios intentaron reincorporarse en la Compañía que permaneció en Rusia bajo el reinado de la zarina Catalina II, pero España desbarató esos planes. Todos perseveraron y se mostraron fieles a la Iglesia. El cardenal Gregorio Bernabé Chiaramonti, obispo de Ímola, incluso nombró al ex jesuita P. Diego José Fuenzalida Sierra, nacido en Santiago, como su vicario en la diócesis, profesor en el seminario y su teólogo y consultor personal.

Algunos jesuitas expulsos fueron famosos. Tal vez el más grande intelectual fue el padre Ignacio Molina, nacido en Talca. Otro fue el P. Manuel Lacunza, el mayor teólogo que ha tenido Chile.

En 1800, el 14 de marzo, fue elegido Papa el cardenal Bernabé Chiaramonti, quien tomó el nombre de Pío VII. Hubo una alegría grande entre los ex jesuitas. Poco después, el nuevo Pontífice dio una aprobación formal a la Compañía de Jesús que sobrevivía en Rusia, permitiendo el reingreso en ella de muchos ex jesuitas de Europa y Estados Unidos.

El regreso a la patria

El primero que regresó al país fue el P. Francisco Javier Zapata Morales, nacido en Santiago. Volvió en forma ilegal, y no sabemos cómo lo hizo. Por el P. Lacunza consta que el P. Zapata trajo al país una copia de su “Venida del Mesías en gloria y majestad”, la que fue entregada a un padre franciscano que luego lo denunció. El padre Zapata supo esconderse. Lo hizo en Longaví, lo que sin duda se debió a que esa hacienda de los antiguos jesuitas había sido adquirida por su pariente Ignacio Zapata². Falleció el 18 de noviembre de 1789.

¹ Todos estos datos numéricos son aproximados y se dan sólo para acercarse a la verdad.

² Hanisch, Walter: *Itinerario y pensamientos de los jesuitas expulsos de Chile*, pág. 112 y 325.



Expulsión de los Jesuitas.
Colección Museo Histórico.



Abate Molina

Pretendieron llegar a Chile varios ex jesuitas. Entre ellos, el P. Juan Bautista Palacios Aguirre, nacido en Santiago. Viajó primero a España; alcanzó a embarcarse, pero el navío cayó en manos de piratas y debió regresar a Cádiz. Allí murió atendiendo a los apestados el 1º de septiembre de 1800³. También el P. Francisco Tagle Cerda, igualmente nacido en Santiago. Fracasó su viaje a América y murió en Cádiz también sirviendo a los apestados el 31 de agosto de 1800⁴.

Regresaron legalmente cinco ex jesuitas: el padre Juan Crisóstomo Aguirre, nacido en Santiago en 1726. Era hijo del Marqués de Montepío. Falleció en Santiago el 23 de enero de 1804, siendo enterrado en la iglesia de San Agustín⁵.

Otro fue el padre Francisco Javier Caldera Olano, nacido en Santiago en 1749. Era novicio para la expulsión. Pudo llegar a Chile en 1804 y se refugió en casa de su madre. En la Universidad de San Felipe, desempeñó por algún tiempo el cargo de rector y director de Academia. En 1808, su nombramiento como capellán de las Monjas Rosas ocasionó serias divisiones en el gobierno eclesiástico. Fue partidario de la Independencia de Chile y figura entre los que pidieron la Constitución de 1812. No parece que sufriera persecuciones durante la reconquista. Falleció el 26 de junio de 1818 en Santiago y fue enterrado en la iglesia de la Compañía⁶.

El padre José Antonio Caldera Olano era hermano del anterior. Como él, pasó a España gracias a los Decretos de 1797, iniciando su regreso al país junto a su hermano. En 1804 arribaron, previo paso por Brasil. Al parecer tomaron ese camino para evadir el nuevo Decreto Real de destierro⁷.

El padre Juan José González Carvajal había nacido en Valparaíso el 23 de junio de 1740, y entró a la Compañía en 1760. En 1767 estaba en segundo año de teología. Se ordenó de sacerdote en Europa. En 1773 estaba en Ímola. Desde 1775 vivió en Bolonia hasta 1797, año en que fue a España. Regresó a Chile. Aquí pasó los veintidós años restantes de su vida. Colaboró en la Independencia y durante la reconquista fue privado de la pensión. Murió en diciembre de 1822 a consecuencia del terremoto de Santiago que lo dejó malherido⁸.

El padre Domingo Ignacio Valdés Carrera había nacido en Santiago en 1746. Entró en la Compañía en 1761. En 1767 estaba tercer año de filosofía. Se ordenó en Italia. Vivió en Ímola. Se trasladó a Bolonia en 1775 y estuvo allí hasta 1799, cuando sale desde Liorna a Valencia. De ahí a Madrid y Cádiz. Desde este puerto viajó a Buenos Aires, pasando por la cordillera a Chile. Llegó a Santiago el 24 de diciembre de 1800. Falleció en Santiago el 26 de marzo de 1817 siendo enterrado en la Merced⁹. Era pariente cercano de los hermanos Carrera¹⁰.

El padre Felipe Gómez de Vidaurre Girón nació en Concepción el 1º de mayo de 1740 y entró en la Compañía en 1755, donde se hallaba su medio hermano Francisco Javier Puga Girón. El decreto de extrañamiento lo encontró en el Colegio Máximo en el cual enseñaba gramática. Hizo la profesión de cuatro votos en Ímola el 15 de agosto de 1773, junto con los padres Juan Ignacio Molina González, José Ignacio Henríquez Santillana y Manuel Vázquez Álvarez. Vivió en Bolonia de 1774 a 1785. Se trasladó luego a Roma¹¹. Estaba allí cuando supo acerca de la Cédula de Carlos IV, del 11 de mayo de 1798, que permitía a los ex jesuitas regresar a sus países de origen. Salió hacia Barcelona ese mismo año. El barco, sin embargo, cayó en poder de piratas y él, sin dinero ni equipaje, llegó a Málaga teniendo que mendigar para conseguir lo necesario para ir a América. Se embarcó hacia Buenos Aires. A Chile llegó en 1800. Después de un tiempo en Santiago, se retiró a Concepción. Ahí vivió en una propiedad agrícola cerca de la ciudad. Fue entusiasta de la Independencia del país. Se vio privado de la pensión por el Gobernador Mariano Osorio. Estuvo preso en Concepción y en la isla Quiriquina por ser patriota. Murió en Cauquenes el 11 de enero de 1818 en la retirada de los patriotas desde Concepción¹². †hs

3 Ibidem, pág. 303.

4 Ibidem, pág. 315.

5 Ibidem, pág. 131 y 132.

6 Id., pág. 137 y 210.

7 Enrich, tomo II, pág. 489, 490.

8 Hanisch. *Expulsos*, pág. 286; Cf. Hanisch. *Historia*, pág. 191.

9 Ibidem, pág. 318 y 319.

10 Ibidem, pág. 318 y 319.

11 Ibidem, pág. 228.

12 Ibidem, pág. 229.

Fiesta de la Asunción y la Compañía de Jesús

El 15 de agosto la Iglesia celebró la Asunción de la Virgen María. El año pasado, el papa Benedicto XVI en su homilía decía: "...la Asunción nos recuerda que la vida de María, como la de todo cristiano, es un camino de seguimiento, de seguimiento a Jesús, un camino que tiene una meta bien precisa, un futuro ya trazado: la victoria definitiva sobre el pecado y sobre la muerte, y la comunión plena con Dios... Ella ya entró en la plenitud de la unión con Dios, con su Hijo, y nos atrae y nos acompaña en nuestro camino". Esta fecha también tiene un significado especial para la Compañía de Jesús: ese día Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Nicolás de Bobadilla, Simón Rodríguez y Pedro Fabro profesaron sus votos de pobreza y de peregrinar a Tierra Santa.

Oficina del SJR en Haití

El 19 de agosto tuvo lugar el lanzamiento oficial de la oficina del Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) y Migrantes en Haití, la cual está ubicada en la ciudad de Puerto Príncipe. La apertura giró en torno al tema "Haití y la asistencia humanitaria: balance y perspectivas". Desde 1999 el SJR acompaña, sirve y defiende los derechos de migrantes y comunidades fronterizas del noreste de ese país. Después del terremoto del 12 de enero, además, el SJR para Latinoamérica y el Caribe ha apoyado el desarrollo de una estrategia de trabajo conjunto con la población damnificada para colaborar en la atención de emergencia, acompañamiento psicosocial y pastoral, así como en la reconstrucción de lazos comunitarios y estructuras fundamentales para el desarrollo digno de la vida de miles de haitianos.

Sellos vaticanos de Matteo Ricci

El 22 de junio pasado, la Oficina Postal del Vaticano puso en circulación dos sellos para conmemorar el cuarto centenario de la muerte de Matteo Ricci: el de € 3,30 reproduce el retrato clásico del misionero, mientras que el de € 0,05 presenta a Ricci en compañía de su amigo Paul Xu Guangqi (1562-1633), famoso intelectual y uno de los primeros conversos al cristianismo que fuera colaborador del misionero jesuita. No se excluye que ambos sean propuestos en el futuro como candidatos a la beatificación.



Cardenal Martini recibe importante premio de periodismo

En el periódico *Corriere della Sera*, uno de los más difundidos de Italia, el cardenal jesuita Carlo Maria Martini responde todos los meses cartas de los lectores sobre temas que mantienen "en constante ebullición el pensamiento teológico", o acerca de cuestiones sociales y tendencias de hoy como la búsqueda del dinero, el éxito y los placeres. Tampoco faltan alusiones a controversias en el campo de la bioética y de las relaciones entre Iglesia y política. Por esa actividad, el cardenal Martini se encuentra este año en la lista de los galardonados con el premio "Premiolino", uno de los más antiguos reconocimientos periodísticos de esa nación. Su nombre entra así en un álbum de oro donde figuran personalidades como Oriana Fallaci, Pierpaolo Pasolini, Camilla Cederna e Indro Montanelli.

Segundo Congreso Mundial de Ética Teológica Católica en Trento

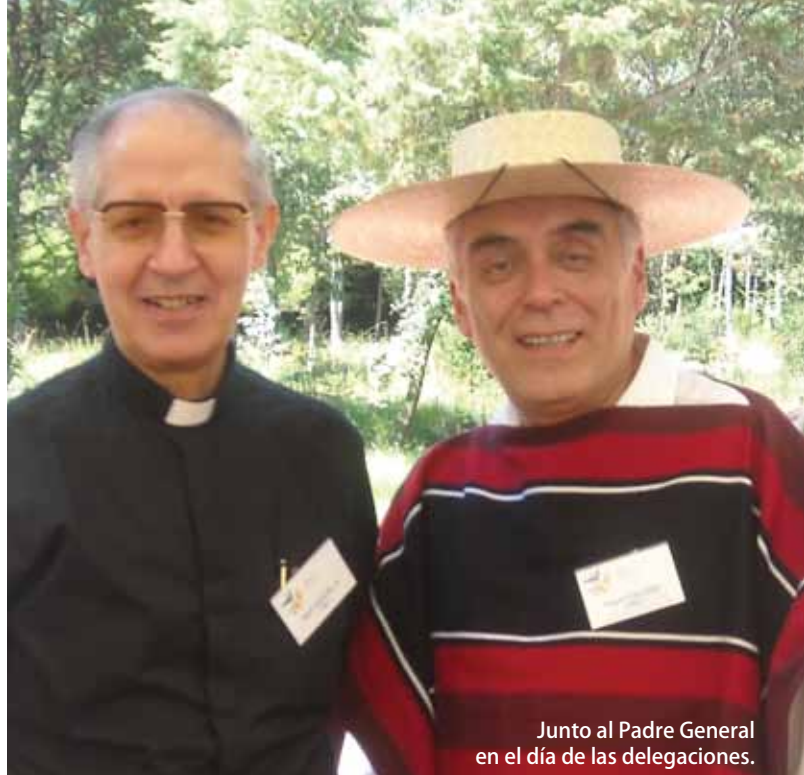
El 24 de julio se realizó en Trento, Italia, el Segundo Congreso Mundial de Ética Teológica Católica, con la presencia de quinientos sesenta y siete participantes provenientes de setenta y dos países. El tema del Congreso fue "En los pasos de la historia: de Trento al futuro". En la cita, finalizada el 27 de julio, participó un número considerable de moralistas jesuitas de América Latina y de otros continentes. La Conferencia de Provinciales Jesuitas en América Latina (CPAL) estuvo presente a través de Tony Mifsud, S.J. (Chile), miembro de la comisión organizadora del evento.

Ejercicios Espirituales en América Latina

Próximamente será lanzada una nueva publicación de la Conferencia de Provinciales Jesuitas en América Latina (CPAL) denominada *Ejercicios Espirituales en América Latina – Para ayudar al modo nuestro de dar los Ejercicios hoy*. Es el décimo tercer trabajo impreso de una colección que tiene cada vez mayor acogida. *Ejercicios Espirituales en América Latina* es resultado de labores de casi cinco años llevadas a cabo por una de las redes de la CPAL, la Confederación Latinoamericana de Centros Ignacianos de Espiritualidad (CLACIES), y pretende ser una actualización del "Directorio de Ejercicios para América Latina", elaborado en 1990 por la misma red.

Miguel Collado, CVX Chile:

"Siempre daré gracias a Dios por Ignacio"



Junto al Padre General en el día de las delegaciones.

Una conversación con el presidente de la Comunidad de Vida Cristiana Chile: sus desafíos personales, su relación con el mundo ignaciano, su visión de país y el momento actual de la Iglesia.

Miguel Collado es presidente nacional de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX) desde hace algunos meses. Nació en Santiago en 1953. Con mucho esfuerzo sus padres se la jugaron para entregarle la mejor educación posible. Ingresó al Instituto Nacional, donde egresó con distinción en 1971. De allí, a ingeniería en la Universidad de Chile

No tenía relación con la Iglesia; letargo espiritual que duró hasta sus treinta y cinco años. "Mi mayor preocupación era desarrollarme profesionalmente, y lo hice, llegando a ser gerente de software de una empresa de informática y ahora pequeño empresario de una compañía de servicios informáticos".

En lo familiar Miguel tiene tres hijos y dos nietas, quienes según manifiesta, "me roban el corazón".

Su vida de fe comenzó "en torno a una catequesis de primera comunión de uno de mis hijos. Al terminar ese período algo estaba faltando. Añoraba esas reuniones formativas y nos entusiasmábamos con mi señora en los primeros pasos apostólicos en hogares de menores. Conocer a los jesuitas fue un regalo de Dios. Nunca olvidaré ese sábado, allá por 1991, en que comenzaba un taller de inicio de CVX y un sacerdote de cálida sonrisa y mucha acogida nos dio la bienvenida en Valparaíso. Allí empezó un caminar que me llevó rápidamente a mi primera experiencia de Ejercicios Espirituales, momento trascendental para darme cuenta que la vida podía tener un giro de magni-

tud mayor poniendo al centro al Señor, algo impensado en mis prioridades anteriores. Dios sale de la misa dominical para situarse al centro de mi vida".

Miguel y el mundo ignaciano

— ¿Cómo es su relación con el mundo ignaciano?

— "Desde que conocí más de cerca la espiritualidad ignaciana me ha hecho mucho sentido, la siento como mía. Más que una ideología, más que una teología, es la fuente de inspiración para tener un estilo de vida de seguimiento a Jesucristo. Siempre daré gracias a Dios por Ignacio, por haberme encontrado con este estilo de vida. CVX es mi espacio natural, como laicos —junto a grandes amigos jesuitas— creo que podemos lograr lo que el Señor sueña de nosotros.

— ¿Qué es lo que más destaca de la misión ignaciana?

— "Me encanta su radicalidad, su opción por la fe y la justicia, el aventurarse sin temores por caminos de frontera. El uso de la libertad para discernir lo que Dios nos puede estar pidiendo. El trabajo en común para lograr nuestros objetivos en base a un cuerpo apostólico que envía y apoya es una metodología que por años ha ido demostrando que las grandes cosas son posibles con esta mística ignaciana".

La Iglesia de hoy

— *¿Qué opina de la situación actual de la Iglesia?*

— “Creo que estamos pasando por una crisis importante. Las incoherencias y los errores atroces que algunos han cometido nos avergüenzan colectivamente. Creo que nunca serán suficientes las peticiones de perdón ante las víctimas de pedofilia y de tanta situación deshonesta denunciada. Más aún, la forma como la iglesia estructural manejó los casos, ha empeorado el análisis. Creo que es tiempo de reconocer tanto mal producido, tiempo de con humildad pedir disculpas y tomar todas las medidas renovadoras que sean necesarias para reparar y garantizar que situaciones de este tipo no se vuelvan a producir. Será necesaria una actitud humilde para generar los cambios que nos permitan volver a ser la Iglesia que el Señor mira con confianza y con amor. Una nueva Iglesia al servicio de los hermanos, que responda fielmente a los principios evangélicos”.

— *En la situación de “renovación” que se plantea para la Iglesia hoy, ¿cuál es la contribución que deben hacer los laicos?*

— “En la Iglesia en que laicos y consagrados comparten el ministerio de vivir juntos la misión de anunciar el Evangelio, no creo que haya que pasar de una Iglesia clerical a una laical. Entiendo nuestra Iglesia como un lugar de encuentro y de servicio mutuo. Nuestra contribución ha de ser desde nuestras mejores competencias, poniéndolas al servicio de la misión común eclesial. Nuestras profesiones, nuestras habilidades particulares, un regalo de Dios que no podemos dejar de poner al servicio de su Reino”.

El aporte de la CVX

— *En este tiempo en que celebramos nuestro bicentenario como nación, ¿cuáles cree usted son los mayores aportes que la CVX ha hecho al país?*

— “La misión de CVX es amplia y no está focalizada en aspectos específicos. Se extiende en el entorno de cada cevequiano. La CVX es un estilo de vida que nos conduce a dar lo más de cada uno de nosotros en nuestra vida cotidiana. De ese modo los aportes de los cevequianos al país son también variados y van desde el servicio público, desde los emprendimientos particulares y servicios profesionales, hasta las más humildes tareas cotidianas. Desde lo apostólico emblemático en poblaciones hasta el silencioso y privado acompañamiento personal. Nuestra contribución ha consistido en que cada uno dé lo mejor desde sus propios escenarios. Para eso hacemos Ejercicios Espirituales que nos ayudan a discernir la vida cotidiana. El aporte, entonces, se refleja en que un médico, un ingeniero, un profesor


o un empleado cumplen su misión particular iluminada con el Evangelio. La misión es que como laicos insertos en la sociedad hagamos realidad los principios de nuestra espiritualidad, propiciando y construyendo un mundo más justo y solidario al servicio de nuestros hermanos”.

— *La CVX pone “especial atención en la pobreza y sus diversas expresiones”. ¿Cómo enfrenta este problema en el día a día?*

— “Nuestra espiritualidad nos invita a tener una mirada solidaria con los más pobres en acciones concretas, buscando lo que Dios nos pide. Recorriendo las regiones donde CVX está presente, puede observarse en el compromiso concreto en los lugares de extrema pobreza, acompañando, conteniendo, conversando. El otro día hablábamos con una dirigente de caleta Tumbes en Talcahuano, y lo que más valoraba era el acompañamiento. Está muy bien el que podamos colaborar con cosas materiales que necesitan y valoran, pero para ella era vital el poder conversar, sentir un genuino interés por su situación. Nuestras amigas de Los Montes, un campamento de Viña del Mar donde hay una comunidad CVX, siempre nos han dicho que la perseverancia en compartir la vida semanalmente hace la diferencia con otras iniciativas que envían ayuda pero sin compartir. Para los más débiles eso puede marcar una diferencia que los lleve a una vida renovada con más esperanza. Coincidentemente ambos grupos, sin conocerse, bautizaron sus comunidades con el mismo nombre: Renacer”.

Como presidente de CVX

— *¿Cuáles son sus desafíos personales como presidente de la CVX nacional?*

— “El consejo nacional tiene la misión de acompañar, apoyar y animar a nuestras comunidades. Queremos hacer de la comunidad un verdadero cuerpo apostólico al servicio de nuestra misión común. Para ello es necesario que existan los elementos de comunicación que nos faciliten este objetivo. Ésa es mi misión. Y por ello estamos recorriendo, junto al asesor nacional y a otros integrantes del consejo, cada una de las comunidades. Además usamos los medios tecnológicos que ahora existen, comunicándonos más y mejor. Una comunidad más unida, más apostólica y mejor formada es el desafío que enfrentamos para servir mejor. Me anima mucho el poder realizar este trabajo ya iniciado desde los consejos que nos preceden, esperando que lo que avancemos en este tiempo pueda servir a quienes nos seguirán. Nuestra tarea es un camino que heredamos de muchos otros y nuestro compromiso es facilitar con el mayor de los esfuerzos el trabajo futuro a aquéllos que les corresponda continuar esta tarea”. 



Teologados interprovinciales: Formando un cuerpo apostólico latinoamericano

La Compañía de Jesús en Chile recibe compañeros de distintos países de Latinoamérica para formarse en teología.

En Bogotá, Belo Horizonte y Santiago funcionan desde este año los tres teologados interprovinciales para los estudiantes jesuitas de Latinoamérica. Se trata de un esfuerzo de la Compañía en el continente por dar cuenta de la dimensión universal de nuestra vocación.

Aunque la idea de casas de formación internacionales se venía escuchando desde hace muchos años, fue en octubre de 2007 cuando los provinciales decidieron dar inicio a su proceso de construcción. Se determinó que, al menos en primera instancia, se unificaría la formación en el primer ciclo de teología en tres centros interprovinciales. Vino luego la elección de esos centros: el Teologado San Francisco Javier de Bogotá, el Teologado Santo Inácio de Loyola de Belo Horizonte y el Teologado de Santiago de Chile. La Compañía de

Jesús en el país recibiría compañeros de distintas naciones latinoamericanas para formarse en teología y a los escolares en los años más próximos al sacerdocio.

La preparación en Chile fue intensa. Había que disponer del lugar físico para recibir a los estudiantes. Desde 2008, se tuvieron que acondicionar las tres casas que los acogerían. “Aunque sería un número importante de jesuitas, no queríamos comunidades enormes, sino que se asemejaran a las que tendrán en su vida apostólica comunidades más pequeñas y más insertas”, comenta el P. Rodrigo Poblete, S.J., superior del Teologado de Santiago. La comunidad San José dejó la querida casa de Hannover para trasladarse a la comuna de San Joaquín en 2008, siguiendo a la Facultad de Teología de la UC que abandonaba Campus Oriente. La Comunidad Nuestra

Señora del Camino se cambió de casa en 2009, pues necesitaba lugar para más estudiantes. Finalmente, en 2010 se abrió una nueva residencia para los teólogos en San Joaquín, que recibe el nombre de San José (dejando a San Miguel por patrono de la primera). Pero junto a la preparación de las casas, había que disponer el ánimo: “la preparación implicó la toma de conciencia de ser una Provincia más bien cerrada, a veces con cuotas de autorreferencia, y disponernos a recibir la novedad”, comenta el P. Poblete.

Sobre la experiencia de esta primera etapa, dice que “ha sido un año de aprendizaje y rodaje, de gran novedad sobre lo que implica ser Compañía Universal. Estamos aprendiendo a convivir en la diversidad. Con las variadas procedencias entran también países completos, sus distintas realidades y culturas. Hemos



observado una descentralización de nuestras problemáticas nacionales, se han ensanchado nuestras preocupaciones. Esa diversidad da riqueza; cuando todos pensamos igual, se piensa menos". En medio de esa diversidad, sin embargo, se descubre un factor común. "En la convivencia hemos descubierto también la unidad que nos regala la experiencia de Dios, nos podemos reconocer unos a otros como jesuitas".

La conformación de las casas interprovinciales de formación todavía está realizándose. Según dice el P. Poblete, se espera que haya mayor intercambio de formadores y académicos jesuitas de distintos países, de modo que no sean "interprovinciales" sólo los estudiantes, sino los teólogos completos. En los próximos años es probable que se continúe con el proceso de internacionalización con las otras etapas de la formación de los jesuitas latinoamericanos.

Las expectativas son altas. "Esperamos que con estas casas interprovinciales se vaya conformando un cuerpo apostólico latinoamericano. En la medida en que nos vayamos haciendo 'amigos en el Señor', nos va a costar menos ser enviados a misiones en otros lugares, vamos a conocernos unos a otros y saber en qué podemos aportar". **ifs**

Desde adentro

José Francisco Yuraszeck, S.J. (Chile, Comunidad San José): "desde marzo de este año vivo en la Comunidad San José: somos once jesuitas de seis nacionalidades diferentes. Esto ha enriquecido mi mirada de la Compañía y de la Iglesia en América Latina. A ratos se hace evidente que tenemos distintos modos de ver el mundo, también distinta formación, y es en el encuentro de esto tan diverso que uno valora lo propio, a la vez que se abre a la novedad que aporta la mirada del otro. De alguna manera eso está rompiendo el aislamiento cultural que tenemos respecto de países vecinos. Así como es bueno que jesuitas extranjeros vengan a Chile a estudiar, espero que los jesuitas chilenos vayamos a otros países. Si por años en Chile nos hemos creído un poco los jaguares del vecindario, el regalo de vivir juntos y de unir nuestros sueños de futuro es semilla de un proyecto de colaboración e integración latinoamericana: tenemos mucho que aprender unos de otros".

Paulo Valencia, S.J. (Perú, Comunidad San Miguel): "a fines del año 2008 fui destinado a realizar mis estudios teológicos en Chile. Para ese entonces ya se hablaba de la unión formativa de todos los jesuitas latinoamericanos en tres centros de estudios teológicos, siendo uno de ellos el de Santiago. Esta unión latinoamericana me llevó a recordar el origen de la Compañía, cuando Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Pedro Fabro se conocieron en París en 1529. Era un ambiente universitario donde comenzaron a estrechar lazos, a compartir sueños y desafíos futuros en el que terminan consolidando una amistad marcada profundamente por Jesucristo. Hoy, siglos después, tengo la oportunidad de vivir esta esencialidad originaria de la Compañía, compartiendo con jesuitas de nueve nacionalidades distintas, valorando la riqueza de la diversidad cultural y jesuítica y ampliando la mirada a la misión universal que lleva al jesuita a vivir como ciudadano del mundo".



Las casas

Tres casas componen el Teologado de Santiago de Chile. La más grande se llama San Miguel, y se ubica en la comuna de San Joaquín. Allí viven quince jesuitas, entre formadores y estudiantes, de nueve nacionalidades. Cercana a la

anterior está la casa San José, a la que recién se trasladó su comunidad a mediados de este año pues todavía se trabajaba en ella; once jesuitas la componen. Finalmente, la casa Nuestra Señora del Camino, en la población Los Nogales de Estación Central. Es una comunidad más pequeña que las anteriores (sólo viven allí siete jesuitas), e intenta combinar inserción, discernimiento, estudios y apostolado.

En torno a la música jesuita

El panorama que se ha configurado sobre la práctica musical jesuita en diversas latitudes entre los siglos XVI y XVIII permite constatar que existe una idea generalizada y con bastante sustento histórico, que señala la profusión y riqueza de ella.



En nuestro tiempo

Desde que en 1986 se estrenó la película *La Misión*, el tema de la evangelización jesuita en nuestro continente —especialmente en misiones y doctrinas indígenas— se instaló en el imaginario del público. Como un elemento central de este fenómeno allí estuvo la música, en un principio asociada a la que el compositor Ennio Morricone había creado para el film. En esos años aún no se oía hablar del inmenso legado musical jesuita de las misiones sudamericanas, a pesar que desde la década anterior corrían rumores que en las de Chiquitos (en el oriente boliviano) se había encontrado un verdadero tesoro de miles de partituras a raíz de la restauración de sus templos.

Precisamente diez años después de la película, se realizó el I Festival Internacional de Música Renacentista y Barroca Americana 'Misiones de Chiquitos', que con centro en Santa Cruz de la Sierra reúne bianualmente a un creciente número de solistas y conjuntos americanos y europeos que son invitados a incluir en sus presentaciones algunas obras del legado chiquitano resguardado ahora en su archivo musical, con asiento en Concepción de Chiquitos. A poco andar se ha sumado a éste el de Moxos, en San Ignacio, que en su conjunto reúne más de doce mil páginas de música de tradición misional jesuita. En cada una de sus versiones, se realiza en el marco del festival un encuentro académico entre musicólogos e historiadores. De tal forma que, junto a los cientos de conciertos y miles de espectadores (los conciertos son en varios pueblos de tradición misional que cubre un territorio que en nuestro país podría calcularse entre Santiago y Chillán, aproxima-

damente), se han venido grabando discos y videos, publicándose libros, artículos y diferentes ediciones musicales.

El enorme impacto que este festival ha tenido en todo el continente es enorme y continúa en expansión, especialmente en países como Argentina, Paraguay, Brasil y Chile. En nuestro país, por ejemplo, ese mismo año 1996 se redescubrió la colección de cantos catequéticos en lengua mapudungun, contenida en la obra *Chilidugu sive tractatus linguae chilensis* del misionero de origen bávaro Bernardo Havestadt, quien comenzó a componerla a mediados de siglo XVIII mientras servía en la Araucanía y luego la publicó en Münster en 1777, cuando ya la Orden había sido no sólo expulsada sino además abolida. Este cancionero, conocido desde entonces simplemente como *Chilidugu*, fue editado por el autor de estas líneas en 1997 y grabado al año siguiente en Chiloé por el Coro de Niños de la Comunidad Huilliche de Chiloé (Compu, Quellón) con el acompañamiento del conjunto Syntagma Musicum de la Universidad de Santiago de Chile.

Fueron los conjuntos y especialistas en música antigua (del renacimiento y barroco) los que en todo el mundo comenzaron a incluir la herencia musical jesuita en su repertorio de música colonial americana. En nuestro país todos los grupos especializados en esta vertiente desde hace varios años han hecho lo propio y no es casualidad que al revisar la cartelera de fin de año podamos encontrarnos con programas de conciertos con música jesuita.

En el ámbito académico internacional, la vitalidad del tema es mayor aún, y los musicólogos de América, Europa y Oriente (recordemos que la Compañía, fundada en 1540, ya antes de acabar ese siglo estaba presente en

todos esos lugares) han venido investigando y publicando sobre la cultura artística y musical jesuita. Lo mismo sucede en Chile, aunque ha tardado un tanto en comenzar la justa y necesaria recuperación de este patrimonio respecto de zonas y enclaves como Chiloé y Calera de Tango, por mencionar dos de los más destacados. En este ámbito resulta especialmente interesante la constitución internacional de la antigua Compañía, que tuvo en sus filas a misioneros de diversas nacionalidades. Eso llevó a los investigadores chilenos a entrar en contacto y en proyectos conjuntos con especialistas españoles, alemanes, franceses, filipinos y hasta hindúes. Pero la más positiva e inmediata sinergia se ha producido con especialistas interdisciplinarios de países vecinos. Eso es una cuestión que no ha hecho más que reconstituir la geografía cultural e histórica jesuita de los siglos XVII y XVIII, pues varias de nuestras naciones fueron en su época parte de la misma provincia jesuítica; primero de la provincia peruana; luego de la paraguaya, cuestión que a menudo no se tiene en cuenta. Decenas de artículos, tesis y libros ya están circulando al respecto y los nombres de músicos como Domenico Zípoli, Anton Sepp, Martin Schmidt, entre otros, ya han tomado su lugar en la historia de la música universal y regional.

En el tiempo de la antigua Compañía (1540-1773)

Como se ha señalado antes, el panorama que se configuró en los últimos años sobre la práctica musical jesuita en diversas latitudes entre los siglos XVI y XVIII permite constatar que existe una idea generalizada y con bastante sustento histórico, que señala la profusión y riqueza de ella.


Sin embargo, las menciones originales sobre música que podemos encontrar en las Constituciones de la Orden, son escasas y más bien parcas al respecto, expresando no gastar tiempo en su preparación ni conservando instrumentos musicales en las residencias. Eso a veces se ha visto como un contrasentido: ¿cómo una Orden que hizo tan eficaz, profuso y exitoso uso de la música, declara en sus Constituciones tan poco aprecio por ella? ¿O es que tales prescripciones fueron letra muerta y nadie la acató? Para entender esta aparente contradicción es preciso estudiar y comprender cabalmente el contexto. En realidad esas menciones se refieren a lo siguiente: los ministerios a los que se abocaron los primeros jesuitas fueron tan demandantes e involucraban tal compromiso que fue necesario tratar de dedicar a ellos el mayor tiempo posible. Y una de las tradiciones regulares hasta entonces era el canto de las horas en el coro y la preparación de la liturgia a toda música. Si los primeros jesuitas hubieran adoptado

esta tradición no hubieran tenido tiempo para sus actividades que fueron múltiples, destacando especialmente la evangelización y educación. Entonces las prescripciones constitucionales no son contra la música sino a favor de disponer de mayor tiempo. Respecto de no mantener instrumentos de música y diversión en casa, al revisar las fuentes se advierte que se refieren fundamentalmente a los espacios escolares, donde tales disposiciones eran normales. En todo caso, gracias a la buena inteligencia de los jesuitas de la época, ellos inmediatamente supieron flexibilizar estas indicaciones e incluso revertirlas cuando el éxito de su labor cristianizadora se veía fortalecida con la música y otras expresiones artísticas, tales como la danza y especialmente el teatro.

En tiempos de Ignacio, desde los cuatro puntos cardinales llegaban cartas a Roma dando cuenta de ello y pidiendo las debidas licencias para implementar la música, llevar repertorios, instrumentos y músicos. El fundador solía considerar detalladamente las solicitudes, y si alguna vez reaccionó negativamente contra algún provincial demasiado entusiasta por lo logrado a través de la música, era más bien por actuar inconsultamente o por ocuparse personalmente de tal producción.

La verdad es que Ignacio no rechazaba ni aborrecía la música, al contrario, siempre tuvo una enorme inclinación por ella, tanto que debía reprimirse. Su biografía revisitada nos revela que no sólo se sentía inclinado a la música sino que él mismo tañía, cantaba y bailaba, e incluso hacia el final de sus días pedía que se trajese un clavecín a sus aposentos para que alguno de los suyos tocase para su solaz. Una frase que bien resume lo anterior es aquella que el santo dijo al ser consultado por qué no había incluido la música con mayor decisión en las actividades de los jesuitas. Él replicó que era precisamente para disponer de más tiempo, pero “que si siguiera su gusto e inclinación” lo hubiera hecho. Esto señala también, en su caso, una cierta renuncia a los placeres del mundo y sus amenazas que bien conoció en su vida antes del daño de Pamplona.

Entre entonces y ahora

Finalmente es preciso señalar que fruto de la labor de evangelización en las misiones en diversos continentes, y especialmente en el encuentro con el otro no europeo, surgieron variadas tradiciones culturales. El dinamismo y la vitalidad de ellas nos dan cuenta de cuán bien recibidas y apreciadas fueron desde ahí en adelante, y aún después de la expulsión y abolición de la Orden se proyectaron hasta nuestros días. En Chile el canto a lo divino-campesino y la religiosidad popular chilota todavía emocionan como una manifestación viva de aquella fe enseñada a través de la música. 



Tampe, S.J., Eduardo: *En la huella de San Ignacio. Semblanzas de jesuitas en Chile. Tomo I y II.* Ediciones Mensaje, Santiago, 2010, 260 pp. tomo I, 531 pp. tomo II.

¿Cómo podríamos saber cómo fue la vida de un determinado jesuita en el pasado de nuestro país? Seguramente recurriríamos a internet. Pero esta información no está disponible en la red. Son datos que se encuentran dispersos en libros, diarios, revistas y documentos; todos en bibliotecas, oficinas y lugares que nos demandarían mucho tiempo de búsqueda. Afortunadamente, el P. Eduardo Tampe, S.J., en su calidad de historiador y sacerdote enamorado de su tierra, realizó este arduo trabajo. Un libro dividido en dos tomos (1º, 1593-1767; 2º, 1823-1985). La obra presenta una biografía de cada uno de los jesuitas que nacieron o vinieron a estas tierras y la huella que ellos nos dejaron.



Costadoat, S.J., Jorge: *Trazos de Cristo en América Latina. Ensayos teológicos.* Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2010, 344 pp.

¿Qué significa creer en Dios hoy? ¿Qué significa creer en Dios en América Latina? La Iglesia del continente celebró cuarenta años después de

Medellín. En esta Conferencia General del Episcopado se dio inicio a la recepción latinoamericana del Concilio Vaticano II. Desde entonces el magisterio episcopal y la teología de la liberación insisten en que Dios ama preferentemente a los pobres. El P. Costadoat destaca la figura de Jesús como intérprete del Dios verdadero.



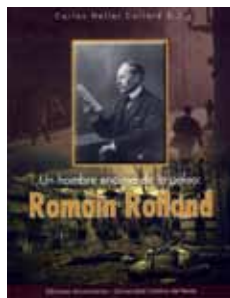
Del Campo, S.J., Cristián: *Dios opta por los pobres. Reflexión teológica a partir de Aparecida.* Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2010, 171 pp.

Cristián del Campo, S.J., presenta *Dios opta por los pobres...* La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida 2007), destaca la opción preferencial por los pobres. ¿Cómo entiende Aparecida esa opción? ¿Es una opción fundamentalmente social o es también teológica? Si se la considera teológica, ¿qué razones le dan ese carácter? Preguntas centrales si queremos comprender y valorar plenamente la opción preferencial por los pobres como el aporte más significativo que la Iglesia latinoamericana hace a la Iglesia universal.



Compañía de Jesús: *Oyentes de una Promesa. Seis Jesuitas nos cuentan la historia de su llamado. I, II y III.* HistoriActiva, Santiago, 2010, 64 pp. cada tomo.

Este trabajo recoge el paso de Dios por la vida de jesuitas de la Provincia que han creído en la promesa del Señor que los llamó y se comprometió a estar con nosotros todos los días. Los relatos presentados han sido recogidos desde 2006 como parte del proyecto HistoriActiva. Con un decir directo y simple, nos llega un testimonio vivo y sincero de la acción del Padre en su acontecer.



Hallet, S.J., Carlos: *Un hombre encima de la pelea: Romain Rolland.* Ed. Universitarias – Universidad Católica del Norte, Antofagasta, 2009, 64 pp.

Obra que profundiza los aspectos más destacados en la vida de Romain Rolland, testigo de grandes transformaciones y hombre de "varios mundos". Se destaca su decisión de dejar el ámbito académico para dedicarse a la literatura, llegando a ganar el Nobel de la categoría en 1915. Pacifista comprometido, profundamente religioso; "vivió en la amistad de Dios".

Sitios web



lacvx.blogspot.com

La Comunidad de Vida Cristiana (CVX) es una asociación internacional de fieles cristianos —hombres y mujeres, adultos y jóvenes, de todas las condiciones sociales— que desean seguir más de cerca a Jesucristo y trabajar con Él en la construcción del Reino. Sus miembros integran pequeños grupos que forman parte de comunidades más amplias a nivel regional y nacional, constituyendo una comunidad mundial, y están presentes en los cinco continentes y en casi sesenta países. Este blog agrupa toda la información entregada por las CVX de todo el continente latinoamericano.

www.casaloyola.cl

Institución de la Compañía de Jesús que pretende servir a las personas y comunidades que buscan al Dios de la vida en el servicio a los hermanos, con una pedagogía que lleva a la recreación de un hombre o mujer nuevos, apasionados por Cristo que siente pasión por hombres y mujeres, con énfasis en la experiencia que vivió Ignacio. En el sitio se encuentra mucha información, fechas de Ejercicios Espirituales, retiros, jornadas y cursillos.



www.mejchile.cl

Sitio web del Movimiento Eucarístico Juvenil de Chile (MEJ). Un movimiento de niños (as) y jóvenes unidos a Jesús, especialmente a través de la Eucaristía, para luchar por la dignidad humana. Una colaboración de todos como hijos. “Queremos servir a los demás en todo lo que hacemos. Ser colaboradores en la construcción del Reino; trabajar por un mundo más justo y fraterno”.

www.entrever.cl

Sitio que presenta el mosaico obra de Pablo Walker, S.J., y el colectivo Entre-ver. Éste se encuentra suspendido en el aire y tiene un derecho y un revés: por el derecho, texturas y colores de la cerámica forman dos rostros que se funden; por el revés, placas grabadas con cientos de retratos fotográficos procedentes de distintos lugares del país. La muestra se presenta en la sala de arte de Fundación Telefónica hasta el 21 de noviembre.



www.uc.cl/facteo/centromanuellarrain

El Centro Teológico Manuel Larraín es un centro de investigación perteneciente a la Facultad de Teología de la U. Católica y a la de Filosofía y Humanidades de la U. Alberto Hurtado. Colabora con la Iglesia en el discernimiento de los signos de los tiempos, estableciendo un diálogo entre fe y cultura. Recurre a la teología, a disciplinas científicas y a la sabiduría creyente de pastores e intelectuales católicos para reconocer la acción de Dios en la historia.